

Don Vicente, nuestro cardenal

José M.^a Díaz Moreno, SJ*

Un recuerdo agradecido

EL río de elogios al cardenal Tarancón, que ha comenzado a correr con ocasión de su muerte, no nos ha sorprendido. Podría afirmarse que, en la gran mayoría de los españoles, cercanos a la historia reciente de nuestra Iglesia, estos elogios, llenos de admiración y gratitud para el cardenal que acaba de dejarnos, eran como un caudal represado que necesitaba comenzar a fluir. La ocasión de esta apertura de las compuertas que represaban los elogios, no ha sido otra que su muerte, con el inevitable dolor por el padre y el amigo que nos deja, aunque desde su fe y nuestra fe, estemos seguros de que es ahora cuando vive la verdadera vida y que, desde la cercanía de Dios, nos seguirá ayudando a nosotros sus hermanos, a quienes tanto amó y a quienes

* Profesor de Derecho Canónico. Facultad de Derecho (ICADE). Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

con tanta fidelidad sirvió. Pero, no deja de ser penoso —una vez más— que haya que esperar a la muerte. En vida, el cardenal Tarancón no tuvo el homenaje de agradecimiento que se merecía por tantos títulos y tantas razones.

En estos días se ha escrito mucho y bien sobre don Vicente. A nosotros nos bastaría, en este momento —forzosamente apresurado—, hacer nuestros, con total sinceridad, cuantos elogios hemos leído sobre su vida y sobre su actuación. Y es lo primero que queremos hacer.

Con todo, para esta revista, ese gesto de adhesión a pareceres ajenos, aunque totalmente compartidos, no nos dejaba tranquilos y habría avivado en nosotros el resquemor de un deber de gratitud no cumplido. Porque RAZÓN Y FE contó siempre con su simpatía y su cercanía y hasta con su agradecimiento, como lo expresó en las líneas, tan cordiales y sinceras, que escribió para conmemorar el 75 aniversario de nuestro nacimiento. En ellas puede leerse lo siguiente: «He seguido la trayectoria de RAZÓN Y FE desde hace más de cincuenta años, desde mis tiempos de seminarista. Ha sido ésta una de las pocas revistas que he leído con asiduidad. [...] No podía negarme a expresar mi testimonio sobre ella en este número extraordinario» (1).

Por ésta, y por otras razones a las que haremos alusión en seguida, queremos dejar constancia en estas páginas de nuestro cariño agradecido a la figura entrañable de don Vicente, nuestro cardenal.

Dos exigencias

UN juicio complejo sobre su vida, su obra, su personalidad y su significación, necesita todavía algún tiempo para que pueda hacerse con entera objetividad, sin apasionamientos y lejos de la polémica que hombres de su talla tienen inevitablemente que suscitar y en la que, de alguna manera, muchos de los que con él coexistieron en el tiempo y en las circunstancias de su vida, se vieron fuertemente implicados. Estamos plenamente seguros de que cuando pasen a un segundo plano, reticencias más o menos disimuladas, o elogios cuasi-obligados de última hora, su figura y su obra emergerán con toda su grandeza.

(1) RAZÓN Y FE, 192 (1975) 347-348.

Aunque nos reafirmamos en la necesidad de una mayor lejanía en el tiempo para que sus hechos y sus palabras adquieran todo su valor, con todo, entendemos que urge se recojan datos nuevos y se completen otros ya conocidos, con la ayuda de quienes con él fueron protagonistas, a diversos niveles, del capítulo de la historia que él escribió con su vida y su actuación.

Esta es nuestra primera sugerencia: que algunos buenos historiadores, que entre nosotros no faltan afortunadamente, se preocupen ya de recoger y completar testimonios y datos y pronto podamos contar con la biografía que el cardenal Tarancón se merece, por ser parte importante de nuestra propia historia y que completen sus «Recuerdos de juventud» y las buenas semblanzas que ya tenemos. Y, desde luego, creemos imprescindible una edición completa de sus escritos, porque estamos seguros de que la mayor parte de los mismos no han perdido actualidad y todos serán de inestimable ayuda para conocer su pensamiento, sus intuiciones, sus equilibrados y valientes juicios sobre tantas cosas vividas por él y por muchos de nosotros. Y para los que no alcanzaron a vivirlas, será un legado precioso que les ayudará a comprender el tiempo que les tocará vivir y que, desde luego, no comenzará de cero.

Un hombre providencial

HEMOS leído, con ocasión de su muerte, diversas expresiones y calificaciones con las que se intenta, en una frase, definir su figura: Cardenal del cambio, hombre para el diálogo, un hombre libre, etc., etc. Sin negar ciertamente el alto valor de esos calificativos, preferimos recordarlo, aquí y ahora, como un hombre providencial. Porque Dios es siempre dueño de la historia y ésta jamás escapa de sus manos providentes. Para el creyente nunca hay puras casualidades, ya que una de las vertientes más profundas de la teología de la historia es, precisamente, esa misteriosa conjugación de la libertad humana, que Dios nunca invade ni anula, y la activa presencia de ese mismo Dios en la historia que la libertad de los hombres construye y realiza. En este contexto, hay que firmar que el cardenal Tarancón fue un hombre providencial. No hubo en su vida casualidades. No fueron simples casualidades, ni el ser, durante un tiempo, un joven sacerdote que recorrió, en años ciertamente no fáciles, España, implantando la Acción Católica, ni ser, durante

algunos años, el obispo más joven de España, ni su dorado destierro en una pequeña diócesis de la que no salió hasta que las autoridades de aquellos años «digerieron» todo el pan que el joven obispo reclamaba para sus pobres, ni que fuera secretario de la Comisión de Metropolitanos españoles, ni su participación en el Vaticano II, que, según afirmaba, supuso para él una auténtica «conversión», ni su presencia, en un momento altamente conflictivo en la archidiócesis de Oviedo, ni su elevación a Primado de España. Ni tampoco fue casualidad, sino evidente providencia de Dios, el inesperado y sorprendente quiebro que supuso en su vida el nombramiento como arzobispo de Madrid, ni, finalmente, su largo e indiscutible liderazgo de la recién nacida Conferencia Episcopal española. Son tramos de una vida rectamente escrita por Dios con los renglones torcidos que los hombres, en tantas ocasiones, nos empeñamos en presentarle.

Esta conciencia de ser llevado por Dios y su providencia fue asumida —así lo creemos fundados en datos objetivos— por don Vicente con una absoluta verdad, con una sencillez admirable, con una sincera humildad y servicialidad y hasta con un cierto humorismo de quien se siente instrumento en manos de Dios y mira, con un sano relativismo, todo lo que no sea ese único Absoluto que es nuestro Padre que está en los cielos y cuida de nosotros. Esta convicción creemos que subyace en el fondo de su manera de ser y de actuar, siempre tan sincera, tan valiente, tan exenta de respeto humano, tan fraterna y tan comprometida con la verdad y con la justicia y siempre amasada de verdadera caridad.

Cuando la Universidad Pontificia Comillas celebró el año 1991 un Acto Académico en memoria del cardenal Dadaglio, nuncio en España durante los años difíciles del último franquismo y de la transición, don Vicente acudió a la llamada que le hizo la Universidad para que diese testimonio público de lo que significó el paso por la Nunciatura de Madrid de aquel fiel servidor de la Iglesia y sincero amigo de España. Hoy, cuando se lee la intervención del cardenal Tarancón es muy fácil, y casi inevitable, hacer una transcripción de la semblanza de Dadaglio por Tarancón, aplicando lo que éste dijo del Nuncio a lo que fue él mismo. Fue tan grande la sintonía de estos dos hombres providenciales que el cardenal Tarancón, sin pretenderlo, al trazar los rasgos característicos del nuncio Dadaglio, se definió a sí mismo: «Aceptó su responsabilidad gozosamente, nunca rehuyó los trabajos y los sacrificios que esto le exigía. Supo hacer de su ministerio un servicio a la Iglesia y a los hombres de España

[...] Había asumido gozosamente el Concilio. Estaba convencido de que su celebración había sido el gran don de Dios a la Iglesia y aun al mundo. Se sentía costreñido por convencimiento y por imperativos de conciencia a potenciar por todos los medios la aplicación de las nuevas orientaciones [...] Esta es la razón, no podemos ocultarlo, de las incomprendiones que lo rodearon en algunos momentos y de las especiales dificultades que encontró en su tarea diplomática y pastoral, tanto en sus relaciones con el gobierno como dentro de la misma comunidad eclesial. No es un secreto para nadie que no fue precisamente un camino de rosas el que tuvo que recorrer...» (2).

Todo esto ¿no es aplicable, con extraordinaria exactitud, a la vida y a la obra del cardenal Tarancón? Curioso y ejemplar paralelismo el de estos dos hombres de extraordinaria valía a quienes la Providencia unió en una leal amistad y en la realización de una misma misión.

El precio de la libertad

HEMOS comenzado diciendo que asumimos los elogios y las semblanzas y juicios sobre la vida y la obra del cardenal Tarancón que hemos ido leyendo en estos días, cercanos a su santa muerte. Sólo nos permitimos discrepar de algo que hemos leído en un medio de comunicación, en el que, al alabar la obra de don Vicente, como hombre libre, se añade una nota reticente sobre su actuación, como si el cardenal no hubiese medido las consecuencias de su empeño en promover la existencia, entre nosotros, de una Iglesia libre en un Estado libre y como si don Vicente, al declinar de su vida terrena y al contemplar la situación religiosa de nuestro pueblo, estuviese como aterrado de tantas sombras como aparecen en nuestro actual horizonte y estuviese como arrepentido de su actuación al ver que las cosas no iban por donde él hubiese deseado. Disentimos de este parecer. El cardenal Tarancón era un hombre intuitivo, profundamente intuitivo, y responsable de sus actos. Sabía que la libertad tenía un precio. Un precio necesario e inevitable. Pero valía la pena pagarlo. Sabía, asimismo, porque jamás fue un ingenuo, que el uso de la libertad —individual y social, religiosa y política— no

(2) Vicente Enrique y Tarancón: «Un Nuncio posconciliar», en *Acto Académico en memoria del cardenal Dadaglio*. Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1991, págs. 51-52.

se mantendría siempre en los límites precisos de su buen uso. Pero esto no le llevó nunca a renegar del camino emprendido, que era el único posible y además el más justo. Basta leer lo que, no en 1975 y en la euforia de la llegada de la democracia, sino en 1993, casi a un año de su muerte, nos dejaba escrito sobre la presencia de la Iglesia en la sociedad secular: «Añorar el pasado, cuando han cambiado las convicciones y las motivaciones de los hombres, que significan una auténtica ruptura con actitudes de antes, puede ser un grave peligro [...] La Iglesia debe evangelizar a los hombres de hoy y en la situación en que actualmente se encuentran. Si el ambiente cultural, vital y social de algunos siglos explicaba y hasta justificaba aquella situación concreta de la Iglesia, [...] el clima de hoy no permite, ni acepta tal estado de cosas. [...] Actualmente la sociedad democrática se funda en el pluralismo —también religioso— y ya no sirve un credo religioso como base de ideologías distintas y de convicciones dispares. [...] La Iglesia no puede aislarse del mundo secular, ni aun con la excusa de no dejarse contaminar. Su misión es adentrarse en la vida y en la conciencia de los hombres para, desde dentro, como levadura, fermentar el mundo. La Iglesia debe presentar su opción entre las opciones que se ofrecen a los hombres de hoy, segura de que tiene la Verdad y la Salvación para todos. Pero teniendo en cuenta, al mismo tiempo, que la aceptación de su mensaje debe ser consciente, racional y libre, con la ayuda de la gracia, desde luego, que Dios da a todos los que le buscan, sin que sea lícito nunca coaccionar la conciencia personal» (3).

Al cardenal Tarancón no le extrañaban las sombras. Contaba con ellas. Lo que le preocupó siempre, hasta su muerte, es que la Iglesia —y en concreto la Iglesia de España— acostumbrada demasiado tiempo a estar cobijada, y presuntamente protegida, al amparo del poder político de un Estado confesional católico, no supiese iluminar, con medios nuevos e inteligentes, las sombras que lleva consigo la libertad. No se arrepintió de lo que hizo —fue mucho— para que la Iglesia fuese auténticamente libre y recuperase así su misión de instancia profética en una sociedad secularizada. Ni se asustó al ver determinados derroteros que ha seguido entre nosotros ese necesario y valioso régimen de libertad, por muy manchado que esté de revanchismos o de corrupción. Nada de esto le hizo añorar un pasado imposible. Con la libertad con que siempre expresó su pensa-

(3) *Vida Nueva*, n.º 1.806, 29 de mayo, 1993, pág. 9 y n.º 187, 5 de junio de 1993, pág. 11.

miento, nos dejó las líneas que hemos transcrito como parte de su testamento. Si, por un imposible, la historia se volviese a repetir, creemos que no habría procedido de forma distinta. Su actuación nacía de convicciones profundas. Eran parte integrante de su personalidad como hombre, como cristiano, como obispo. Esa es su grandeza.

Un agradecimiento particular

ESTA revista está publicada por la Compañía de Jesús. No nos sentimos portavoces autorizados de ella. Pero algo importante faltaría en estas líneas que escribimos sobre el cardenal Tarancón si no nos hiciéramos eco de un agradecimiento especial a su persona en cuanto jesuitas. Porque siempre le sentimos cercano a nosotros. Nunca nos negó ni su simpatía, ni su apoyo, ni su comprensión. No es posible descender a detalles que demostrarían cuanto decimos. Sin embargo, podemos asegurar que, por dos veces y ante dos Papas, tomó él la iniciativa de exponer con entera sinceridad su parecer sobre la realidad de la Compañía, intentando así deshacer —o al menos contrapesar— informaciones parciales y sesgadas que tanto daño nos hicieron. Pero, sobre todo, para la inmensa mayoría de los jesuitas, es un hondo motivo de agradecimiento la identificación del cardenal con otro gran testigo de nuestra historia, el padre Arrupe. Cuando le preguntan sobre las personas que más le han llamado la atención a lo largo de su vida, no duda en afirmar lo siguiente: «También me edificó profundamente el padre Arrupe. Fue admirable su amor a la Compañía, a la Iglesia, a Cristo y al Padre. Me impresionaron sus esfuerzos por conciliar las exigencias inmutables del carisma de la Compañía con las exigencias conciliares para la Iglesia en el mundo actual. Me edificó con su sufrimiento bien llevado, con su obediencia y con su muerte. Fue uno de los hombres más grandes de nuestro tiempo, un regalo de Dios. Ni las incomprensiones, ni las críticas le doblegaron en su convicción de servicio a la causa de los pobres» (4).

Esta cercanía, simpatía y comprensión a la Compañía de Jesús de hoy tienen una significación especial en sus juicios sobre determinados jesui-

(4) M. I. Brey: *Conversaciones con el cardenal Tarancón*. Mensajero, Bilbao, 1994, págs. 47-48.

tas «conflictivos» como pueden ser Teilhard y Llanos (5). Y, sobre todo, sus sentimientos ante el asesinato de los jesuitas de El Salvador: «Lo primero que pensé es que la Teología de la liberación tenía ya sus nuevos mártires. Porque mártir fue el obispo Oscar Romero y mártires fueron estos jesuitas que han dado su vida por defender una causa justa, plenamente evangélica» (6).

También por este capítulo de su amor a la Compañía, que los jesuitas llevamos en lo mejor de nuestro corazón, don Vicente será, en nuestro recuerdo y en nuestro afecto, nuestro cardenal. Descanse junto a Dios en su merecida paz.

(5) *Ib.* págs. 181-184 y 53-54.

(6) *Ib.* pág. 98.